



Gastón Soubllette

# LA POÉTICA DEL ACONTECER

EDITORIAL UNIVERSITARIA

La poética del acontecer

70  
Años  
Centenario Cultural



EDITORIAL UNIVERSITARIA

EL SABER Y LA CULTURA

Ch868

S719p Soublette, Gastón.

La poética del acontecer / Gastón Soublette.  
2a. ed. - Santiago de Chile: Universitaria, 2018.  
167 p.; 15,5 x 23 cm. - (El saber y la cultura)

ISBN Impreso: 978-956-11-2573-5

ISBN Digital: 978-956-11-2678-7

1. Prosa chilena.                      2. Literatura - Miscelánea.

I. t.

© 2007, GASTÓN SOUBLETTE ASMUSSEN.  
Inscripción N° 167.247, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por  
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.  
Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,  
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por  
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o  
electrónicos, incluidas las fotocopias,  
sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *Palatino 10/14*

Se terminó de imprimir esta  
SEGUNDA EDICIÓN  
en los talleres de Salesianos Impresores S.A.,  
General Gana 1486, Santiago de Chile,  
en febrero de 2018.

DIAGRAMACIÓN  
*Yenny Isla Rodríguez*

DISEÑO DE PORTADA  
*Norma Díaz San Martín*

[www.universitaria.cl](http://www.universitaria.cl)

Diagramación digital: ebooks Patagonia  
[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com)  
[info@ebookspatagonia.com](mailto:info@ebookspatagonia.com)

Gastón Soublette

# La poética del acontecer



EDITORIAL UNIVERSITARIA

*A la memoria de Lola Hoffmann*

# ÍNDICE

## *Introducción*

- 1 Del Mito del Paraíso
- 2 Del ver y el oír
- 3 De los ritos
- 4 Del paisaje
- 5 De la magia
- 6 De los ovnis
- 7 De la avispa azul
- 8 De la música para las personas
- 9 De la caverna ancestral
- 10 Del cielo
- 11 De la palabra
- 12 De la ciudad y su historia
- 13 Del discurso
- 14 De los ciclos de la historia

- 15 Del origen del lenguaje
- 16 De la respiración
- 17 De la 8ª Sinfonía de Mahler
- 18 Del acto de comer
- 19 De la madre y el hijo
- 20 De Charlie
- 21 Del ejército de Terracota
- 22 De Mao Tse Tung
- 23 De La Mafia
- 24 Del Führer
- 25 De la Iglesia
- 26 De la Belleza
- 27 De Heidegger
- 28 Del Zen
- 29 Del andariego
- 30 Del informe especial
- 31 De la soledad
- 32 Del 11 de Septiembre
- 33 De la corona
- 34 De la fotografía

35 Del asalto

36 Del basural

37 Del Juicio

# INTRODUCCIÓN

La poética del acontecer es como la poesía que sucede; el verso natural que nadie escribe. Un nadie, eso sí, que es más alguien que nosotros. Un alguien que también es algo, pero un algo que es más que todo lo que se ve y se toca. La poética del acontecer tiene que ver con eso que llaman “destino”. Líneas de movimiento, senderos de itinerancia humana, que convergen hacia un suceso único, largamente preparado en las entrañas del que lo protagoniza o lo observa. Lo que guía los pasos del sujeto hacia la hora señalada y el lugar preciso, esto es, ese alguien o ese algo que juega con el espacio tiempo como ninguno de nosotros podría hacerlo.

Es una magia del suceder que ocurre en virtud de una ley que ninguna ciencia moderna ni arte útil considera para tratar con las personas y las cosas. La ley de analogía. Lo semejante que se atrae con lo semejante, mediante una gravitación universal más viva y misteriosa que la de Newton. Por eso el sabio dice: “Eso que piensas, eso te sucederá”.

Todo acontecer se rige por la ley de causa y efecto y por la ley de analogía. La primera aporta la explicación mecánica del hecho por el agente inmediato que lo provoca. La segunda aporta el contexto horizontal de todas las resonancias que armonizan analógicamente con el hecho, allende las fronteras del espacio y del tiempo, y dan razón de él mejor que toda explicación.

Cuando se vive en un mundo puramente causal, la ciudad humana expulsa como cuerpos extraños a su cuerpo, la poesía y el misterio. La verdad se hace vertical y absoluta. Se clava en el suelo como un poste. La urbe moderna erizada de rascacielos es una materialización analógica del absolutismo vertical de la mente moderna. También lo fueron las torres de las catedrales góticas, en especial las que sólo tienen una, en forma de aguja, como la de Ulm en Alemania, que mide ciento treinta metros. También los monolitos y columnatas triunfales de los emperadores, desde Trajano hasta Napoleón, son expresiones analógicas del absolutismo mental. También las columnas en cuya cima permanecían durante una vida esos místicos llamados “estilitas”, que tan mal entendieron a Jesucristo que creyeron seguir fielmente su evangelio viviendo encaramados en un poste de piedra. Su absolutismo místico fue tan insensato como el absolutismo político de Napoleón.

Pero la ley de analogía no es el invento de nadie. El hombre nace con la aptitud para entender al mundo por analogía, pero en el correr de los años esa aptitud se atrofia en el plano consciente y se refugia en los sueños. Por eso es que algunos que ya dejaron de ser niños pueden llegar a tener a veces la impresión de que sólo son felices soñando. Aunque la poética del acontecer puede ser una magia tan blanca como negra, pues la ley de analogía puede operar igual en un acontecer luminoso, como en un acontecer tenebroso. Existe por eso una poética satánica. Se puede dar vida poéticamente pero también se puede dar la muerte.

Por la ley de analogía se aproximan cosas que en apariencia son en todo diferentes. Los que tienen la aptitud de manejar bien esa ley entonces descubren la semejanza oculta que esas cosas pueden tener. Empezando por la simultaneidad. Cosas diferentes que se pueden asemejar

sólo en el hecho de haber compartido en un suceso el mismo instante. O cosas muy distantes en el tiempo y el espacio pero que conviven simultáneamente en un mismo pensamiento. El que las evoca puede que tal vez no sepa por qué ha ocurrido eso, pero una observación atenta le hará descubrir luego que hay algo así como un patrón narrativo inconsciente que le permitió referirse a lo distante y próximo en los mismos términos.

Pero la observación humana, por lo general, está viciada; viciada por las proyecciones que el sujeto estampa sobre las cosas, es decir, sus propias pretensiones, las cuales ni siquiera le son propias, sino agregadas mediante una pedagogía elaborada por los hombres que suelen golpear y apretar fuerte. Es una estafa en la que toda la población de la tierra está implicada, porque el estafador suele operar como si su delito fuese un crimen perfecto, sabiendo, sin embargo, que nunca ha habido el tal crimen perfecto, y eso, porque los que apretan fuerte, saben, aunque así no lo parezca, que algún día terminarán por soltar. Eso, en lo que se refiere a la observación, pues la observación humana tiene el ojo enfermo por el deseo de apropiación y dominio. Tal es el sentido del antiguo refrán chileno que dice: “El ojo mira bien, si la mente no mira por él”.

Es preciso poner fin a ese propósito artero que define las cosas por proyección y apropiación. Sólo así se abrirá el ilimitado panorama de un mundo horizontal donde todo lo percibido, aún lo más lejano, es discernido por su semejanza con lo que se tiene más a mano, o convive en armonía con lo otro y distinto por características y funciones semejantes que los ecualiza en el sentido.

La analogía está en la mente del observador y sólo así se entiende que sea una característica de las cosas observadas. Por eso el buen manejo de la ley de analogía lo puede hacer sólo quien antes de observar el mundo, observa atentamente su propio corazón.

*Gastón Soublette*

# 1

## DEL MITO DEL PARAÍSO

Alguien dijo que los mejores paraísos son los paraísos perdidos. En lo que a mí concierne pienso que los mejores paraísos son los que nunca hemos conocido. Habitados sólo en sueños, son como la reserva de un mundo que no pertenece al mundo del que somos parte. Hubo un buen ladrón y un fariseo converso a quienes se les concedió un breve anticipo de esa ventura.

Tenemos aquí, por una parte, un paraíso original, que es un ente de fe hebrea, cristiana e islámica, pero que también es memoria genética. Tenemos, por otra parte, un Reino de Dios que también es un ente de fe, pero que también es memoria futura o destino. Al primero se le puede llamar “modelo inicial”, y al segundo, “modelo terminal”. Ambas son cosas que el cielo gratuitamente da, antes del comienzo y después del término. En lo que se refiere a la “tierra prometida”, se la puede considerar como un anticipo y ayuda para entender que, a pesar de todos los horrores de la historia conocida, desconocida y por conocer, el milenarismo drama del género humano ha de tener un buen término.

Soy uno de esos que recuerda su infancia. El futuro y el olvido no han logrado hacer de mí un puro adulto de cuerpo presente. No es por nada que mi autor preferido es Lao Tse, el así llamado “viejo niño” y que en el único libro cuya

autoría se le atribuye hay tantas referencias a los tiempos de la armonía original.

Nací en Antofagasta, ciudad del norte de Chile, en el año 1927 de la era cristiana. Un lugar que en ningún aspecto podría yo asociar con el paraíso. Cuando evoco mi estancia en ese desierto colonizado por salitreros y gringos prepotentes, no soy feliz, ni entonces ni ahora. Era esa una tierra sin espíritu. El que tenía le fue sustraído a fuerza de meter ahí la mala onda del monstruo que come arena y piedras, hecho del que sólo pueden dar cuenta los que nacen con el olfato y el pálpito para percibir eso que dejó impregnados de una sorda melancolía, los suelos, las montañas y las rocas. No era ese un lugar del mundo en que yo hubiese podido decir: “yo soy”. Iahvé-Elohim plantó un jardín al oriente en Edén donde puso al hombre que había formado del barro de la tierra, y ahí fue Adán en alma viviente. Eso es lo que quiero decir. En Antofagasta yo estaba en el desierto de Irak, Dios debía rescatarme de esa aridez, reconstruir su Edén, y ponerme en un jardín hecho a mi medida.

Por pura misericordia fui sacado de ahí, y mi frágil cuerpo de barro fue puesto en un jardín de maravilla llamado entonces “Viña del Mar”. A partir de eso todo fue distinto. Las huellas de las cosas vistas y oídas dejaron de ser fragmentos inconexos para volverse una secuencia continua que transcurre sobre un fondo de sentido y se extiende naturalmente de un día a otro para hacer de mí un viviente que se reconoce y descubre desde fuera hacia adentro y desde dentro hacia fuera.

Se dicen estas cosas de este modo en atención a la línea central de una existencia obsesionada por el mito del paraíso.

Una mano grande que contiene una pequeña. Una voz de registro grave que alterna con un graznido de pájaro. Así cogido de la mano de mi padre comencé a conocer el mundo. El antiguo fundo de la familia Vergara, fundadora de la así llamada “Ciudad Jardín”, fue el campo de mis primeras incursiones en el paraíso por conocer. Era yo ese niño de palo que al toque de su hada o estrella, comienza a moverse y a mirar por la ventana todo lo nuevo que le espera.

(Sin salir por la puerta, se pueden conocer los caminos del cielo, dice Lao Tse. Son grandes zancadas esos caminos, vistos desde arriba, como esas misteriosas líneas rectas, curvas o quebradas que se perciben en la superficie de los planetas vecinos. Itinerario de los ciclos y edades del tiempo que los humanos difícilmente entendemos).

Sin tomar el camino principal, por un atajo poco frecuentado del costado sur de esas tierras se llegaba a la parte trasera de la Quinta Vergara. Eran lomos de colinas que configuraban quebradas y hondonadas boscosas pobladas de palmas chilenas de grueso tronco. (Ciertos conjuntos de palmas datileras que suelen hallarse en el desierto de Irak, son los últimos vestigios del Edén que ahí hubo, entre un Tigris y un Eufrates, que hoy cubren las cenizas del olvido y la chatarra del infierno).

Una vertiente cristalina e inagotable corría en medio de una pequeña selva de peumos, pataguas, y bellotos, los que alternaban con las palmas y todo en pendientes, cimas, terrazas o desfiladeros.

Es un sueño el que usted está contando, diría el especialista. Está presente el padre (el espíritu) y está usted en su primera infancia. Está la mano en la mano que lo vincula a él. Está el mundo cubierto por un manto de belleza continuo y sin signos de deterioro. Es una fotografía, responde el paciente, que alguien nos tomó para

dejar constancia o registro visual de que los humanos empezamos así de bien nuestra vida.

Esta era una profesora de primeras letras, de nombre Luisa Soza. Católica ferviente y devota de María, lo que no impedía que también fuera ella una buena conocedora de la Biblia y pudiera contar a manera de cuentos para niños eso que entonces llamaban historia sagrada.

Fue una buena manera de iniciar mi educación cuando ella abriendo su boca nos enseñaba diciendo: “En el principio hizo Dios el cielo y la tierra...” Extraigo de su repertorio la frase que me quedó sonando entonces hasta hoy, esto es, eso de que estaban desnudos y no se avergonzaban, pero que después de comer del fruto prohibido conocieron la ciencia, tuvieron miedo y se escondieron. En realidad, más que el paraíso mismo, fue la pérdida del paraíso lo que me impresionó.

Era algo que estaba ahí desde mucho antes, pienso yo, cuando nada hacía presagiar que una familia Vergara establecería en ese paraíso de peumos, pataguas, y palmeras, su palacio veneciano. Lo que motivó al fundador o descubridor, si se quiere, de Valparaíso, el caballero español don Juan de Saavedra, a darle a todo ese lugar un nombre vinculado al jardín de nuestra ventura original, esto es, el nombre de “valle del paraíso”. Antes fue la edad del sueño, cuando el soñar y el vivir eran una misma cosa. Pero yo nací después de la edad del sueño, mucho después, aunque alcancé a respirar el aroma de las últimas brisas de su atardecer. Por eso mi paraíso personal, la ciudad de Viña del Mar, era más bien un jardín de regadío. Pero originalmente fue mucho más que una gentil villa marítima, cuando las vertientes que bajaban por las quebradas emboscadas, cuya agua corre hoy por oscuros cauces subterráneos, llegaban libremente hasta el estero de Marga Marga, y los bosques de peumos y palmeras cubrían las colinas y las partes bajas donde después se trazó el diseño

de la ciudad. Pero en los tiempos del sueño, cuatro arroyos surcaban el área salvaje.

Las imágenes oníricas son empréstitos obtenidos inconscientemente de la realidad visual. A causa de una intervención quirúrgica que restableció mi equilibrio biológico, una nueva corriente vital se desplazaba dentro de mí sin obstáculos, como si siempre hubiese estado ahí entre mis líneas de fuerza. El empréstito de la realidad visual en este caso fue evidente. Yo vi la vertiente que nace en la quebrada de la Quinta Vergara cruzar desde la calle Montaña hasta los márgenes del estero de Marga Marga. Su recorrido por lo que hoy es la plaza de la iglesia parroquial, la plaza Sucre y la plaza Vergara era entre peumos y palmeras, hasta su desembocadura en el estero. Pero el prodigio ocurría sólo para mí. Nadie se sorprendía de esa novedad y la gente transitaba por las calles como si lo que estaba viendo yo maravillado fuese normal y ordinario.

Pero el descubridor español preocupado de ejercer su derecho de conquistador no pudo abandonarse al sentimiento que hizo surgir en él este valle del paraíso por él bautizado. De vuelta al virreinato del Perú, en una cena con el virrey, contó su experiencia. Aparte de lo visto había quedado en él una sensación de algo más. Trató de decirlo pero no pudo. Después de una pausa el virrey cambió el tema de la conversación.

La ciencia de lo bueno y de lo malo engaña al hombre sobre el objeto del conocimiento. Empieza por enseñarle el simple hecho de que está desnudo, atemorizado y algo avergonzado también de haber cedido a su atractivo. Pero ese descubrimiento repentino, esa inesperada decepción, es la que genera la materia real de su sapiencia, esto es, el arte de vestir al desnudo. La ciencia de cubrir, no la de

descubrir. Vestido y muro protector son la misma cosa, también vestido y cerrojo, paredón y lápida mortuoria.

Vestido y dignidad es noción propia de los hebreos y de los chinos. Griegos, romanos, celtas y germanos se muestran en cuero más fácilmente.

Saber qué es estar desnudo para dejar atrás la indignidad de las bestias, pero sin dejar de ser una de ellas. Vestir y embestir se parecen. El trágico historial de los pueblos indígenas desde el siglo <sup>xvi</sup>, vincula al hombre vestido y de tez blanca como el enemigo de la vida. Los sabios de sus comunidades lo sufren, lo meditan, pero no lo entienden.

Adán no es expulsado del paraíso, es él mismo el que busca en la estepa tórrida y lúgubre el destino que se aviene con su desamor. El ángel no hace más que ejecutar su autocondena, la que todo orgulloso se aplica a sí mismo encarnizadamente. (La torre de Babel y sus "gemelas", consumidas por el fuego, por agentes preparados por sus mismos constructores, con aviones de sus mismas líneas aéreas, y carburante refinado por ellos mismos. Todo previsto y callado en un silencio digital de alta tensión, sin interferencia posible. La agresión terrorista que ellos, con inexorable justicia, tenían que administrarse).

Las células del cuerpo humano son unidades de información que conservan y archivan las experiencias de un remoto pasado de la especie. Pero hay algo más hondo. Un magma subterráneo que todos compartimos por igual. En él nuestra individualidad flota como una sustancia en extremo inestable.

Con todo lo que pueda hoy decirse sobre la psicología personal y transpersonal, una diferencia apreciable se echa de ver en los hombres según esté o no esté activa en ellos la memoria de los orígenes. En la mayor parte de los

hombres esa memoria se ha desvanecido casi por completo. Son los huérfanos de la antigua "tellus mater". Las expresiones "recursos naturales" y "recursos humanos" los deja en evidencia. Esas expresiones suponen una agresión. La tierra agredida por el intelecto es sólo un recurso. El hombre agredido por la economía es sólo un recurso también. Pero la noción de recurso conlleva también la de emergencia. Se vive en estado de emergencia y a los recursos se recurre echando mano de un modo apremiante, como en la desesperada búsqueda de un salvavidas en la bodega de un barco que naufraga. Recurso, crecimiento, recesión y crisis, todo eso habla de apremios ilegítimos, entiéndase tortura de todos los seres que entregan la vida con dolor o sin él. Pero el paraíso olvidado por los huérfanos de la "tellus mater" agujonea nuestro olvido con estadísticas. Esto se acaba a corto plazo.

Adolf Hitler y Heinrich Himmler eran hombres obsesionados por la nostalgia del paraíso, esto es, la Hiperbórea de los arios. Es como un canto de sirenas esa nostalgia. Puede causar la muerte por la fuerza succionante de la añoranza. Falta compensarla con el nervio que trasmuta en labor creadora esa energía que genera imágenes de maligna belleza. Las sinfonías de Mahler son una prueba ética de quien, gracias al don de la música, sobrevivió a la muerte por añoranza. La obra de Hitler no sobrevivió. Tomó él todas las providencias necesarias para asegurarse la consumación de la tragedia. Fue su obra de arte total. Doce años duró su tragedia. Doce son las tribus del Israel inmolado, doce los tonos de la Escuela de Viena, doce los golpes de timbal que ponen fin a la última sinfonía de Mahler. The rest is silence.

Una cierta distancia en la mirada y en el mismo corazón advierten al niño que en su caso, más nutrientes hay para

él en su mismo ser que los que el mundo le ofrecerá para ser. La distancia obligada que da la experiencia de construir un mundo propio en el mundo, pero sin compartir la ideología del mundo. La distancia del corazón es también distancia de los sentidos. Así se percibe y se entiende la verdadera trama del juego de la vida.

Son las mismas cosas y las personas las que por su carga magnética se sitúan en la justa distancia que por su rango les corresponde. No es que uno busque la distancia, la distancia se establece por sí misma, y eso para que el sujeto se haga fuerte a partir de un inicial desvalimiento. Ese desvalimiento es compensado por la experiencia de la belleza, por la experiencia del misterio. El misterio de ser pero no ser del mundo.

En realidad las convicciones profundas son un lujo del que sólo pueden disfrutar los observadores.

Sigmund Freud sostiene que el niño, a medida que pasan los meses y los años, va sufriendo el embate de sucesivas decepciones. Algo como un contramundo le sale al encuentro para oponerse a su entusiasmo paradisiaco. Son órdenes de una legalidad que le va haciendo sentir que él no nació entero, y que el mundo no es un campo donde no haya trampas para su desgracia. Después llegará a saber por experiencia que nadie nace entero, esto es, con la integridad que le permitiría ejecutar un acto sin sufrir la adversidad de una reacción dolorosa. En el caso del autor de este texto, él sólo podía asimilar o asumir sus decepciones subiéndose a las ramas medianas de un árbol que había en el jardín de su infancia, como en los remotos tiempos nuestros “cromagnones” y “neanderthales” buscaban sobre los árboles ponerse al resguardo de los peligros y decepciones a que se veían expuestos en el nivel bajo. Por memoria genética se aman los árboles, los ríos y las profundidades y extensiones territoriales; por memoria genética también se teme a la oscuridad. Los depredadores

que acechan en la noche sin que podamos verlos pero sí oírlos u olerlos quizá, lo que los vuelve aún más aterradores.

Hay también temores que emergen de las profundidades interiores (“Les puissances du dedans”) y que atenazan a los niños bajo la forma de “terror nocturno”. El que esto escribe sufrió de eso a los seis o siete años. Un pánico sin forma determinada. Sentía él que su espalda no se apoyaba en la cama. Algo como una congestión en la columna vertebral le hacía sentir que levitaba, y por eso sentía vértigo de altura. La serpiente Kundalini que tentaba e intentaba a esa tierna edad hacerle alcanzar alturas desde donde todo humano no puede menos que caer.

Paraíso quiere decir “jardín cerrado”, jardín plantado y protegido por el hombre. Decir que Dios plantó un jardín al oriente en Edén significa que fue su voluntad que los hombres lo hicieran. Edén viene de Edín, que en lengua sumeria significa estepa. En hebreo significa delicia. Entre la estepa y las delicias, se está queriendo decir con eso que los sumerios plantaron un jardín en la estepa, haciendo germinar frutales y cereales donde antes reinaba la aridez esteparia. Para eso canalizaron el agua del río Tigris, esto es la “corriente veloz” y la del río Eufrates, esto es, la “gran vasija”.

La tradición de los chinos dice que el paraíso estaba surcado por cuatro ríos. Eso dicen los chinos porque el prestigio del jardín sumerio de Edín llegó hasta sus oídos. De los cuatro ríos, Tigris, Eufrates, Fisón, y Guijón, mencionados en el Génesis, los dos últimos son canales de regadío. Otros sostienen que son réplicas celestiales de los dos ríos terrenales. Suscribo ambas interpretaciones.

Porque el Elohim del Génesis sufrió al parecer un insensible proceso de degradación en la mente del escriba.

La redacción tardía de una antigua tradición oral se inficiona de los pensamientos con que los hombres se representan el mundo, aunque lo medular de un texto sagrado no puede ser alterado por circunstancias como esa. Los ángeles custodian el sentido, y siempre habrá en el mundo una porción esclarecida que tenga oídos para escucharlos. Con todo, es un hecho que el jardín de Edén de los hebreos coincide con una gigantesca obra de ingeniería hidráulica y agricultura. ¿No sería éste un modo velado de magnificar el genio creador del hombre por influencias paganas? ¿No sería también acaso una manera velada de menospreciar los trabajos de Elohim anteriores al sexto día?

Una actitud semejante se percibe en el Shu King “Sagrado libro de la Historia” de Confucio. Comienza este libro con un capítulo llamado Yao-Tien, referido a los últimos tiempos del reinado del emperador Yao, llamado el “grande” (2357-2283 a.C.). El diluvio había anegado gran parte del territorio del imperio y las aguas amenazaban con alcanzar las altas cumbres. De haber consultado entonces el oráculo de las varillas de milenrama el dictamen habría sido el de agua sobre agua, esto es, la duplicación del peligro. Signo nefasto para un soberano que se había esforzado por beneficiar a su pueblo solucionando en su favor grandes problemas, generados, no obstante, por sus mismos actos de gobierno. Notad eso.

Los diluvios son decretados por el cielo para exterminar a una raza carente de virtud. En el diluvio del Génesis pereció la raza de Caín, el hijo de la serpiente. En el diluvio chino pereció la raza del Caín mongólico llamado Tchi Yeu, monstruo que comía arena y piedras. Caín quiere decir “herrero”. Decir que Tchi Yeu comía arena y piedras es una manera metafórica de aludir al trabajo de extracción de minerales. Tchi Yeu era herrero también.